



Balance de una celebración en medio de la polarización

## La República fragmentada

Tomás Straka\*

Si algo caracterizó las celebraciones del Bicentenario de la Independencia a las que acabamos de asistir, fue su falta de entusiasmo; esto, a diferencia de lo ocurrido en otros países de Hispanoamérica

**E**n otros países hispanoamericanos han venido recordando, desde 2008, los doscientos años del inicio de sus procesos emancipadores con fiestas nacionales capaces de integrar a todos los sectores, y la inauguración de diversas obras públicas. En cambio, en Venezuela, durante 2010 apenas se hicieron algunos trabajos de embellecimiento urbano, un polémico desfile, el rebautizo de algunas instituciones con nombres alusivos a la efeméride y una campaña propagandística estatal (la publicidad privada, a diferencia de otros países, no se hizo eco de la efeméride, lo que habla de su dificultad para que el colectivo la hiciera suya y espontáneamente la asumiera). Por diversas razones se trata de un signo dramático de la hora que estamos viviendo.

En primer lugar, porque la comparación es aún más inquietante cuando la hacemos con nosotros mismos, es decir, con aquello de lo que hemos sido capaces en ocasiones anteriores. Desde que Antonio Guzmán Blanco, artífice del culto a Bolívar y de toda una simbología patria capaz de

darle asidero a una nacionalidad que aún estaba por fraguarse, decretó las grandes fiestas del Centenario del Libertador en 1883, en todos los casos –por ejemplo en el centenario de Sucre en 1895, en el centenario de la Independencia en 1910 y 1911, en los de las batallas de Carabobo y Ayacucho en 1921 y 1924, en el de la muerte del Libertador en 1930, en el sesquicentenario de la Independencia en 1960 y en el bicentenario del Libertador en 1983, por sólo nombrar algunos de los más importantes– siempre hemos reevaluado con regocijo el trecho transcurrido hasta el momento y ostentado un gran optimismo ante el porvenir. Incluso si algo puede criticársele a estos festejos es su capacidad alienante, su espíritu de oropel para revestir miserias nacionales, para desviar hacia glorias pasadas –reales o supuestas– la atención, el esfuerzo y los recursos que le deberíamos a los problemas del presente. La religión cívica con sus liturgias, con sus héroes de culto y sus sermones cumple, de esta manera, la misión opiácea que Marx le adjudicó a todas: por cada sorbo de ella que se aspire, duele menos el entorno, se entra en un sopor agradable, se puede dormir en paz.

Esto pudiera sugerir que el desinterés del día de hoy expresa un despertar, una toma de conciencia, una madurez nacional. Hay de eso, sin lugar a dudas, pero las evidencias tampoco nos permiten ser tan optimistas. Primero, porque la crítica está en el exceso, no en la desidentificación de una sociedad con su pasado, que es como decir consigo misma (al cabo, otra forma de alienación) y que también vendría a ser un exceso. Recordemos que ya los teólogos admiten que las religiones pueden convertirse en opio cuando no son instrumentos de verdad y liberación.

En segundo lugar, porque en cada una de estas fiestas la sociedad venezolana hizo el esfuerzo de redoblar el paso para ofrecer realizaciones que le dieran asidero al regocijo general.

#### ALGUNOS EJEMPLOS

En 1883, Guzmán Blanco inauguró la vía férrea de Caracas a La Guaira, acaso la mayor obra de ingeniería hasta entonces hecha en el país y el más contundente argumento que tenía a favor de su obra *civilizadora*; deslumbró –literalmente– a los caraqueños con iluminación eléctrica y organizó una exposición con los avances de una economía en la que, con todo, ya se estaban importando algunas máquinas de vapor. En 1910 Gómez decretó, entre otras cosas, su política de carreteras y la organización del ejército moderno; en 1930, a pesar de los terribles efectos de la Gran Depresión y de los disturbios que trajo, canceló la totalidad de la deuda externa como homenaje al Libertador. En 1983 se inauguró el metro de Caracas y el Teatro Teresa Carreño. Y como sospechará el lector son sólo algunos da-

tos muy resaltantes en una lista que sería infinitamente más larga si incorporamos al resto del país –todo lo nombrado ha sido en Caracas–; más las publicaciones, actos académicos y cívicos, obras públicas de menor escala. Además, hay que recordar que al menos desde los días del guzmancismo, todos los gobiernos se han presentado como los continuadores (o rematadores) de la obra inconclusa de los Padres de la Patria, de Bolívar por sobre todas, que ahora (¡por fin!) se está haciendo realidad. Descontando lo que esto tiene de manipulación histórica y de propaganda política –aunque bien podría decirse justo lo contrario: precisamente por eso–, sorprende que el más *bolivariano* de todos ellos presente en la coyuntura una ejecutoria tan limitada, o al menos unas fiestas tan desabridas.

Hay, evidentemente, un aspecto que salta como primera hipótesis: no ofrece más porque no tiene con qué hacerlo. Parece de Perogrullo pero no lo es. Escapa al objetivo de este artículo las razones de las ejecutorias. Economistas y especialistas en políticas públicas son los encargados de dar la explicación. Preferimos detenernos en otros dos aspectos que, según entendemos, están de forma más estrecha vinculados al sentido histórico de lo que se conmemora: su carácter *nacional* y su carácter republicano.

Lo primero habla de un evento cuya naturaleza y resultados constituyen un punto de coincidencia entre todos los venezolanos. El hito de un pasado común, que remite a un destino, a unos anhelos, a unas luchas comunes. Por eso preocupa tanto que la conmemoración no haya podido hacerse en comunión con todos los venezolanos. ¿A qué puede deberse esto? Tal vez a que la nación está fragmentada. A que por primera vez desde 1883 las coincidencias en torno a su proyecto como país son menores que las divergencias. Porque a Guzmán Blanco y a Gómez los odiaron muchos venezolanos –las abultadas cifras de los exiliados y de presos políticos dan prueba de ello– pero al menos el pasado independentista era un lugar de encuentro, formaba parte de las glorias –supuestas o reales– de todos los venezolanos, no sólo de una parte (¡y vaya que Gómez fue experto en eso de dividirnos entre los *buenos hijos de la patria* y los *malos!*).

También porque la construcción de un ferrocarril o el pago de la deuda constituían objetivos comunes, con muy pocas disidencias (que, naturalmente, las hubo). Las evidencias no indican que el socialismo del siglo XXI sea una oferta igual de incluyente.

Hay que entender que la celebración de una efeméride es siempre la celebración de una actualidad. Se celebra porque marca el inicio de un estado de cosas que es digno de celebrar. ¿Qué celebramos, entonces, el día de hoy? El 5 de julio de 1811 el Congreso constituyente pro-



clamó la separación de la Corona española. El acta –que en realidad no estuvo lista sino hasta dos días después– es un largo y razonado alegato para demostrar la legalidad de la decisión. Su núcleo está en la soberanía y libertad de los pueblos para escoger su rumbo cuando un gobierno rompe el pacto suscrito con ellos. Aún no se atreve a derogar sin rodeos la monarquía –en rigor no habla del modelo que habría de tomarse en lo sucesivo– y el Congreso habla aún de *provincias unidas*, no de República (provincias unidas fue el nombre adoptado por casi todas las naciones hispanoamericanas antes de la declaración definitiva de su independencia). Pero las acciones que toma entonces, como el espíritu mismo del acta, no dejan mucho espacio para la duda: la independencia será para construir un régimen de libertades. De hecho, desde entonces, se habló de *independencia y libertad* como dos hermanas que se espera fueran juntas, pero que no hay que confundir. Decidimos ser independientes para ser libres.

Por supuesto, tal no es el sentido que le dan todos los sectores del país. Muchos exaltan sólo uno de los dos puntos de la ecuación (la independencia), soslayando en grados diversos al de la libertad, o dándole una connotación particular. Es muy distinto alegar que el 5 de julio se celebra porque ese día decidimos independizarnos e iniciar un sistema más o menos liberal, a señalar que lo hacemos porque comenzó un camino que poco a poco, tautológicamente, nos llevó a una revolución socialista. A esta guisa no

todos saben exactamente qué se está celebrando, o si lo que entienden en la celebración es digno de festejar. Si lo que se presenta hoy como motivo de orgullo lo es en el grado en el que lo fue el tren de Guzmán. Si de veras podrá haber entre todos los venezolanos una realidad y un destino común. En demasiadas ocasiones se ha llamado apátridas y traidores a quienes expresan disconformidades, o siquiera dudas, con el destino propuesto desde el Estado –y ahora presentado como una continuación necesaria de 1811– para allanar un camino integrador. Sería injusto obviar que desde la acera contraria no se lancen denuestos similares, más allá de que se maticen por el hecho de no estar siendo lanzados desde el poder. Por eso es también una evocación fragmentada: a la hora de convocarse a la fiesta, no todos se sienten convidados a asistir (de hecho, parece que en efecto muchos no lo estuvieron).

La situación no es fácil, como se ve. Una nación fragmentada tiene en serios problemas su porvenir. Sin embargo la fecha ha obligado a la reflexión. Las circunstancias todas –un simple recorrido por la prensa demuestra que es también una celebración opacada por demasiados descabros– nos han hecho reflexionar. Tal vez allí encontremos algo de aliento. Creemos que el 5 de julio aún mantiene la suficiente fuerza para, al menos en algunas cosas, hacernos coincidir, y que su recuperación en ese sentido es posible. Que tal vez una relectura de su acta y de sus manifestaciones de libertad y soberanía ayude a reencontrarnos en otra clave. A cambiar definitivamente el opio por la libertad. A que atajemos el desastre de una definitiva fragmentación.

---

\* Historiador.